

Bibliografía

Recensiones

REPOLE, R., *Il dono dell'annuncio. Ripensare la Chiesa e la sua missione* (Edizioni San Paolo, Milán 2021). 202 pp. ISBN: 978-88-922-1985-4

Roberto Repole, profesor de teología sistemática en la Facultad de Teología del Norte de Italia, es el autor del libro *Il dono dell'annuncio. Ripensare la Chiesa e la sua missione*; un volumen que aborda, para quienes no están familiarizados con los estudios teológicos, la misma cuestión que fue planteada en su anterior volumen: *La Chiesa e il suo dono: la missione fra teologia et ecclesiologia*, publicado en 2019.

Detrás de este libro está la preocupación de Repole por la manera, la forma y el estilo de la Iglesia, para que pueda ser, tal y como desea el papa Francisco, una Iglesia en salida misionera (cf. EG 15), que no renuncia a su propia identidad y, al mismo tiempo, tiene en cuenta el contexto social complejo y problemático en la que nos encontramos. Contexto marcado por una secularización que debilita la fe de los cristianos, una globalización que, imponiendo el pensamiento único “neo-liberal”, provoca desigualdades y graves violaciones a la dignidad humana (cf. p. 46), y un pluralismo religioso estructural que se traduce en una relativización de la visión cristiana de la vida y del mundo.

Por ello, el ensayo del teólogo de Turín tiene como objetivo proponer un paradigma para la misión eclesial, que no solo sea útil para evitar que la invitación urgente hacia una Iglesia en salida misionera quede reducida a un eslogan vaciado de contenido y profundidad espiritual para la vida de los creyentes y de las comunidades cristianas (cf. p. 6), sino que sea también capaz de iluminar la realidad de una manera nueva y, consecuentemente, de abrir nuevos caminos y de establecer nuevos itinerarios y nuevas prácticas (cf. p. 7).

A nivel teórico, es una realidad compartida por todos, que la Iglesia, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, es misionera por naturaleza y que llama

a todos los bautizados a la corresponsabilidad de comunicar la alegría del Evangelio al mundo. En lo que no hay tanto consenso es en el modo, la forma o el estilo con el que la naturaleza misionera de la Iglesia debe hacerse presente aquí y ahora, sobre todo en nuestro mundo occidental, caracterizado por una cultura que ha dejado de estar impregnada del cristianismo y que puede ser asimilada, de alguna manera, a los llamados “países de misión” en los que nunca se ha anunciado el Evangelio.

Para ilustrar esta situación, Repole trae a colación, entre otras cuestiones, el drástico declive que se está produciendo en el mundo occidental de ministros religiosos y ordenados –especialmente sacerdotes– en las últimas décadas. Un dato, escribe el autor, casi trágico en un modelo de Iglesia como el actual, centrado en la parroquia y que tiene como protagonista casi absoluto al sacerdote (cf. p. 20). También alude Repole al esfuerzo que están haciendo actualmente las Iglesias occidentales para transmitir la fe a las nuevas generaciones, siendo conscientes de que lo que hasta ahora ha permitido que la fe se transmita normalmente de generación en generación durante siglos, hoy parece incapaz de seguir haciéndolo (cf. p. 21).

Para dar respuesta a esta situación, Repole ofrece, como ya hizo en la obra anterior y que ya hemos señalado, una propuesta sistemática que gira en torno al paradigma del don; un modelo de comprensión que pertenece por derecho a la estructura misma del cristianismo (cf. p. 66) y que, gracias a la rica reflexión fenomenológica realizada sobre la realidad del don en las últimas décadas, parece estar especialmente indicado para repensar la misión eclesial en la actualidad. Con todo, esta propuesta no puede entenderse como una receta mágica y, por ello, el mimo Repole invita a cada comunidad eclesial a discernir y a repensar el paradigma propuesto en las situaciones concretas que le toca vivir (cf. p. 63).

Con el fin de adentrarse en el paradigma del don, Repole afirma que el don gratuito y desinteresado, que la tradición teológica denomina también “gracia”, evoca inmediatamente algo bello y bueno, separado de cualquier forma de imposición o de violencia y, por tanto, capaz de afirmar y valorar al otro y su libertad. Unido a lo anterior, el don evoca algo real, no evanescente, que tiene en cuenta tanto el que ofrece el don (donante) como el que lo recibe (donatario) (cf. pp. 63-64).

Esta realidad del don es decisiva para la Iglesia, pues en su origen y fundamento está el don que Dios Padre ha hecho de su Hijo Jesús, llevado a plenitud en el don del Espíritu, que desde Cristo ha sido donado a la Iglesia. En este sentido, se puede decir que la Iglesia existe acogiendo continuamente este don que la hace *ser*. Ella existe en la medida en que es vivificada continua y dinámicamente por el Espíritu, cuyo nombre propio es “Don” (cf. p. 99). Así, en la medida en que la Iglesia está constantemente *expuesta* al don que es el Espíritu, por medio de la Palabra y de la celebración de los sacramentos –especialmente de la Eucaristía–, es capaz de ofrecer a los demás este mismo don que la hace existir, y de este modo, la misión de la Iglesia tiene que ver realmente con la *missio* Dei (cf. pp. 104-105).

Repole está convencido de que los elementos fundamentales del paradigma del don pueden ayudarnos a dar concreción a la imagen de Iglesia en salida y a devolver

al término “misión” –no pocas veces manchado durante los dos mil años de historia del cristianismo– los acentos evangélicos que lo caracterizan: testimoniar con la vida y anunciar con la palabra la cercanía del Reino de Dios –don de plenitud desbordante–, haciéndolo con un estilo “hospitalario” y fraterno, y en la compañía respetuosa y empática de los hombres y mujeres de hoy:

En primer lugar, si el don, fruto de una iniciativa personal y libre del donante, se ofrece gratuitamente al donatario –liberándolo de la necesidad de retribuir–, la Iglesia en salida misionera ha de acoger el don que la hace existir, poniéndolo a disposición de otras personas en la única forma posible: gratuita, desinteresada, confiada y libremente. En segundo lugar, si el donante debe tener en cuenta la posibilidad de que el don sea rechazado, la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Jesús, ha de ofrecer el don de Dios incluso cuando sus destinatarios manifiesten resistencia o indiferencia, ofreciéndose ella misma con generosidad *para que todos tengan vida y la tengan en abundancia*. En tercer lugar, si el don, aunque sea gratuito y desinteresado, está llamado a establecer, custodiar y fortalecer un vínculo positivo de “buena” reciprocidad entre donante y donatario, que implica una acogida mutua, la Iglesia en salida misionera ha de implicar a los cristianos en la reciprocidad de Cristo con respecto al Padre y con respecto a los que Él convierte en hermanos, vinculando a todos en una reciprocidad fraternal que se abra al mundo entero para ofrecer a los demás lo que viven de manera vital y humanizante.

Así lo indica Repole: a los demás solo se les puede ofrecer lo que se experimenta de manera vital; lo que se da y se recibe no puede reducirse a una idea o un concepto de fe, sino que es, más bien, la experiencia de una realidad vital en la que uno se involucra por gracia y libremente (cf. p. 106). Por ello, la misión de la Iglesia, aunque es cierto que tiene que ver con una palabra que se comunica, será, sobre todo, una invitación a participar de algo experimentado y vivido (cf. pp. 129-130). Ello exige, en un contexto no tanto de desaparición de la fe sino de fragmentación generalizada y de analfabetismo religioso (cf. p. 12), que a todos los cristianos se les garantice una formación permanente, que no prescinda de una formación teológica (cf. p. 110) y que les ayude y sostenga para asumir en su vida nada más y nada menos que la *forma* de Cristo (Ga 4,19) y la *mente* de Cristo (1 Co 2,16). La razón que aduce Repole es que ser cristiano no es una decisión que se tome de una vez por todas, ni la pertenencia a la Iglesia es algo indiscutible; por el contrario, la fe y la pertenencia a la Iglesia implican una adhesión que ha de renovarse una y otra vez, en las situaciones cambiantes, en las distintas etapas de la existencia, y en los tiempos especialmente cambiantes que vivimos últimamente; pero siempre en contacto con el Dios que sigue entregándose (cf. p. 135).

Otro de los rasgos que marca profundamente el mundo y la cultura de hoy se encuentra en una globalización que, junto con aspectos ciertamente positivos y prometedores, trae consigo la tragedia de una mercantilización de las personas y, sobre todo, de su explotación (cf. p. 116). Con el paradigma del don se afirma que cada ser humano no es una mercancía, ni un valor en el mercado y que puede ser

descubierto como una persona sólo en la medida en que se rechaza cualquier lógica utilitaria (cf. p. 117).

En este contexto, otra dimensión fundamental con la que Iglesia corresponde al don del Espíritu es el estilo fraterno que caracteriza o debe caracterizar la vida de los cristianos, llamados a amarse con un amor mutuo de *Ágape*, a valorar los dones de los que todos los bautizados son depositarios, a compartir las dificultades de la vida (cf. p. 112), a apoyarse mutuamente en la vida de fe (cf. p. 153), en la práctica de la solidaridad y en la acogida de las personas descartadas por la sociedad (cf. p. 136).

Esto se explica si se tiene en cuenta que el don del que vive la Iglesia no puede reducirse a un hecho individual, sino que implica la totalidad de la vida, incluida también la dimensión social, desde el momento en que la reciprocidad en que entra la Iglesia implica tanto el reconocimiento y gratitud a Dios como la fraternidad entre los hombres (cf. p. 182). En este sentido, la práctica caritativa de la Iglesia en salida misionera hacia los excluidos y marginados de la tierra no ha de limitarse a atender sus necesidades, sino que apunta al encuentro real y recíproco con ellos. Repole escribe que no es posible anunciar que hay un espacio de “hospitalidad” en Cristo, tal y como la Iglesia lo experimenta en primera persona, si no se promueve lo humano y sin hacer todo lo posible por erradicar todas las formas de marginación y exclusión de las personas (cf. p. 136); de hecho, tal y como el autor señala, proclamación y promoción humana son, en realidad, dos caras de la misma moneda (cf. p. 162). Por todo ello, en la Iglesia en salida misionera la práctica *hospitalaria* hacia todos los marginados y excluidos debe ser un reflejo de la reciprocidad buena y fraternal que se vive entre los cristianos (cf. p. 164).

En el contexto social, como el actual, marcado por un pluralismo religioso estructural, tiene más sentido que nunca que la Iglesia se comprometa en una actividad misionera explícita para que, como afirma el decreto del Vaticano II sobre la actividad misionera de la Iglesia (cf. AG 7), toda la humanidad acoja “plena y conscientemente” la obra salvífica que Dios ha realizado en Cristo (cf. p. 122). Así, aunque es cierto que el Espíritu de Cristo actúa en todas partes –incluso fuera de los confines visibles de la comunidad cristiana–, la misión de la Iglesia en salida debe pensarse en términos de una identidad cristiana verdadera y abierta que presupone un diálogo respetuoso con los creyentes de otras religiones, pero que no conduzca a formas de relativismo desprovistas de pasión por la verdad (cf. p. 49).

El diálogo interreligioso, especialmente donde se traduce en formas de colaboración para afirmar la justicia, la paz y la liberación en beneficio de toda la humanidad, es parte de la misión evangelizadora de la Iglesia, no solo porque estas tradiciones religiosas reflejen “un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres” (*Nostra aetate* 2), sino también porque, gracias a ellas, la Iglesia redescubre continuamente “la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo” (Ef 3,18-19), y tiene la oportunidad de purificar la imagen que los cristianos tienen de Cristo y de Dios (cf. p. 178).

Como habremos podido comprobar, nos encontramos ante un volumen sintético que nos ofrece un paradigma que nos puede ayudar a comprender mejor la naturaleza y la misión de la Iglesia, y en la que se destaca el estudio fenomenológico del don para poderlo aplicar a la imagen de la Iglesia en salida misionera. Este subrayado del don en la vida de la Iglesia está en sintonía con lo que señala el papa Francisco cuando afirma que “la comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10)” (EG 24) así como con el protagonismo que el actual *Directorio para la Catequesis* otorga al Espíritu Santo, “don y dador de todos los dones [...] que impulsa a la persona a adherirse al verdadero bien, a la comunión con el Padre y con el Hijo, y la sostiene con su providencia, para que corresponda a la acción divina” (DC 162). Desde esta acción del Espíritu que actúa en la Iglesia, en el mundo y en el corazón de los hombres (cf. DC 4a), Repole plantea el carácter dialógico de la misión eclesial sobre todo en el diálogo interreligioso, cuestión que no aparece tan explícitamente cuando aborda la cuestión del testimonio de los cristianos, pues aunque es cierto que afirma que el momento de la escucha es central para la misión de la Iglesia, tal escucha parece tener prioritariamente una finalidad instrumental: recibir el “lenguaje” con el que ofrecer la palabra del anuncio (cf. p. 147).

Con todo, recomendamos la lectura de este libro con el fin de adentrarnos en el corazón del ser y de la misión de la Iglesia, que consiste en corresponder en todas las dimensiones de su ser al don del Padre, haciéndose ella misma don para los demás. La misión sigue siendo algo ineludible para la Iglesia de hoy, pues, como bien señala Repole: “La Iglesia sigue siendo misionera, a pesar de todo, porque esta es la voluntad de su Señor” (cf. p. 52).

Gregorio Aboín Martín

PIÉ Y NINOT, S., *Hacia el «primado sinodal y diaconal» del papa Francisco: Documentos histórico-ecclesiológicos del ministerio petrino* (BAC, Madrid 2021). 119 pp. ISBN: 978-84-220-2218-3

Francisco, en la Exhortación *Evangelii gaudium*, planteaba la necesidad de la conversión pastoral como una tarea que se debería de abordar a todos los niveles de la vida de la Iglesia, inclusive el del papado (cf. EG 32). El Papa, de hecho, comentaba que estaba “abierto a las sugerencias que se orienten a un ejercicio de mi ministerio que lo vuelva más fiel al sentido que Jesucristo quiso darle y a las necesidades actuales de la evangelización”.